

có la *Gaceta*. Y defendiendo á sus insubordinados subordinados, acabó por decir que su ejército y él estaban profundamente unidos en iguales afectos: el amor á la libertad, el respeto á las leyes, el odio á los partidos, el desprecio á los jefes de partido. Así, el discípulo de Wáshington, el importador de la República en Europa, el héroe de dos democracias, trataba, en sus desvaríos, á los hombres que impelidos por la libertad, y á virtud y obra de los derechos iguales para todos, ascendían hasta las alturas del gobierno, siendo verdaderos mártires del humano progreso. Y no se contentó el general con estos atentados; había de cometerlos mayores, había de dirigirse al Parlamento, cuando contaba, como generalísimo, cien mil hombres bajo sus órdenes, é insultarlo, intentando proceder como procediera el famoso dictador inglés con el Parlamento de Londres. Así, le indica, muy audaz, con la punta de su espada el camino que debe seguir; le dice que divierte sus pasos de la Constitución; le imputa la inmanencia de ilusorias esperanzas promovidas por su debilidad; le señala como ruina del país la facción jacobina; llama jefes ambiciosos á los que dirigen fracciones políticas importantes dentro y fuera de la Cámara; lamenta el haber sabido que se llaman las leyes, en lenguaje parlamentario, aristocracia y el amor de las leyes, mientras su infracción, patriotismo, le da en rostro con la especie de que admite los gobiernos impuestos por los clubs; y escribe todas estas arrogancias insufribles sin recordar cómo en todos los pueblos libres al ejército le toca oír y callar, recibir órdenes y cumplirlas. Así, no contento con humillar al trono, humillaba también al Congreso. Imposible que pudiera un gobierno resistir estas impetuosidades y salir ileso de todos estos daños infligidos por hombres y facciones, ignorantes de que, al malherir este gobierno, se malherían á sí mismos. En medio de tales demencias, madama Rolland tuvo una inspiración genial, cuando le dictó á su marido la carta diciendo al Rey todo su pensamiento. Por vez primera la verdad entró en los palacios regios. Por vez primera una mujer habló con elocuencia viril á los Reyes. No cabía un francés más puro, una sinceridad más estoica, un espíritu más humano, ni una mayor oportunidad en los avisos y en las advertencias, como demostrar en los hechos, pues, únicamente con una política parlamentaria y constitucional, se hubieran salvado en aquellas espirales del huracán asolador la Constitución y la Monarquía. Toda la historia realista maldice á madame Rolland por este acto, el más valeroso y moral de su vida. Si faltaba un poco á la etiqueta, no debe olvidarse cómo en los naufragios marra siempre hasta el pudor. Si levantaba mucho la voz, había que reconocer cómo entre los vientos de arriba y las trombas de abajo no dejaba la general tormenta oír una sola palabra. Este documento, la carta dirigida por el ministro Rolland al monarca, y escrita por madame Rolland, es el toque apocalíptico de la trompeta del juicio, anunciando cómo queda todavía un espacio entre aquella hora solemne y la catástrofe próxima para conjurar éstas, y si no para conjurarla, para exentarse de tantas culpas como vendrían aún delante del juicio de la divinidad y del juicio de la conciencia. Cuanto sucedió más tarde,

allí estaba esbozado; allí cuanto pasó, antedicho. Y eso que madame Rolland ni sabía, ni adivinaba cómo los errores de la realeza, no solamente arrastraban las personas reales en los abismos, arrastraban á todos los republicanos y á su inspirada Musa.

La carta de madame Rolland al Rey parece una carta de Juan Jacobo Rousseau. Está calcada sobre un epistolario tan célebre como el que compone la Nueva Eloisa, y presenta su amplitud, su ritmo, su abundancia, su profundo sentimiento, su énfasis y su declaración. Los escritores franceses por excelencia son aquellos, los claros ó sencillos al modo ateniense, aquellos, cuya ligereza y cuya gracia no excluyen abundancia de ideas y profundidad de conceptos. Ejemplos al canto: Montaigne y Voltaire. A Rousseau le pasa lo mismo que á Bossuet, siendo su lengua un modelo de francés clásico y puro, la forma, lo que llamamos estilo, lleva la marca de un carácter extranjero. En Bossuet se observa cómo influye sobre su estilo el estilo de nuestros clásicos, sobre todo, de los clásicos de la centuria décimo-sexta, libres; cual Granada y Mendoza y León y Cervantes, de las embrolladas sutilezas en que cayeran por el siglo décimo-séptimo escritores tan insignes como Quevedo y Gracián. Bossuet resplandece por la majestad española; Rousseau gusta por el ritmo italiano. Había tanta comunicación espiritual entre Francia y España en el siglo décimo-séptimo que no debe maravillarnos ver el sello hispano en la frente de Bossuet, como hay tantas relaciones entre Ginebra é Italia en el siglo décimo-octavo, que no puede maravillarnos oír la música italiana resonante á cada palabra en el rítmico período de Rousseau. Madame Rolland, aunque discípula é incitadora del maestro ginebrino, igual á éste casi en abundancia de sentimientos y en copia de vario decir, profundizó dos lenguas, tan útiles á todas las denominadas neo-latinas, como el antiguo latín y el moderno italiano, sonoras ambas, perfeccionando y concluyendo así tan bien, ó, mejor aun que Rousseau, los grandes períodos de sus acabadas obras, las cuales no parecen sobre la rodilla hechas ó escritas en tiempo de terremoto, por su corrección y serenidad. La gran escritora echó el resto en su carta solemne á Luis XVI. Lleva este monumento de la Historial Universal una fecha inolvidable, la fecha del diez de Junio, año cuarto de la francesa libertad. Desde las primeras líneas entra en el asunto, prescindiendo de los contorneos repulsivos, con que solían las gentes cortesanas afear los escritos enderezados al Rey, siempre memoriales. Encarece la crisis encarecida ya por los hechos, y asevera la imposibilidad completa de que alcance larga duración y deje de concluir pronto por un estallido formidable. Tras esto, hablando por boca de su marido recuerda como el cargo de ministro, que desempeñaba el matrimonio realmente, impone á quien lo ejerce de nombre y lleva las responsabilidades el ineludible deber de manifestar en todo la verdad. Y la manifiesta, cuando á renglón seguido expone la grande agitación de los franceses, por el Código fundamental unos y contra el Código fundamental otros, unos por la guerra y otros contra la guerra, pero todos exaltados, y nadie indiferente. Dicho esto, recuerda con arte



sumo, por lo mismo que está invocado el recuerdo con suma sencillez, las prerrogativas por el Rey gozadas en tiempos del régimen absoluto, y sin remedio perdidas, el advenimiento y victoria del nuevo régimen. Tras esto encuentra en lo más hondo del ser humano, de la naturaleza, el deseo de recobrarlas y la tristeza de perderlas. Y este deseo alentó siempre á los reaccionarios rebeldes, como alentó á los demócratas exagerados, por lo cual se hallaba Luis XVI, según la carta, en el caso grave, ó de ceder á sus hábitos hereditarios, manteniendo las instituciones antiguas, ó de sacrificarse á las inspiraciones de una sabia filosofía, entregándose á las nuevas instituciones. La dificultad propia de aquel momento estribaba, según la eximia escritora, en que Luis XVI no se decidía ni por los que atrás empujaban, proponiendo una reforma constitucional reaccionaria, ni por los que deseaban sostener la patria en equilibrio estable y la Constitución en todo su vigor. Dejando á un lado la cuestión metafísica y ociosa del grado de disposición, en los francos existentes, para gozar y ejercer la libertad, Madame Rolland entra resuelta en el tema de las consecuencias traídas al pueblo por las perplejidades del Rey. Si privilegios onerosos habían acabado, si principios de justicia prevalecido, si derechos del pueblo arraigado, todo esto debíase al impulso de la opinión pública y de la conciencia nacional, contra cuyos decretos levantábanse y revolvíanse los nobles, adheridos entonces como antes, al viejo feudalismo. Y este odio de los nobles á la Constitución acrecentaba el culto de los plebeyos hacia ella, pues algunos beneficios les reportaba en lo presente y les apercibía para lo venidero, cuando tanto la odiaban aquellos habituados á declinar todas las cargas públicas y todos los tributos insuportables sobre las espaldas del pueblo. Así éste se exaltaba por su libertad; y esta exaltación crecía sin descenso, á medida que iban creciendo dentro de las maniobras de los intrigantes y fuera de las amenazas de los extranjeros. Y así mientras por entonces iban estos avanzando, aquéllos iban á todos sobreponiéndose. Dos decretos acababan de darse que no admitían espera, y se retardaba sin explicación plausible su necesaria sanción. Pues todo podía temerse y nada esperarse de aquella tardanza. La revolución estaba hecha; y ningún poder podían alcanzar las medidas extremas contra su imperio, ninguno los esfuerzos para retrotraerla con empeño reaccionario á sus comienzos, ninguno los amedrentamientos al Congreso, ninguno las confianzas puestas en el extranjero, pues, al verla en peligro, Francia se levantaría con indignación, y lo que ya en mucha sangre se fundaba, reverdecería y rejuvenecería con mucha sangre también. La salud del Estado y la felicidad del Rey se identificaban entonces con una identificación soberana. El pueblo sólo esperaba la unión del Monarca y del Congreso para elevarles con entusiasmo altares de agradecimiento. Mas era necesario que no se apartase de la Constitución el Monarca. Y para tenerlos unidos contra los alardes reaccionarios de la guardia Real y contra las intrusiones temerarias de generales ciegos en la pública gobernación, se decretó el campo atrincherado en las cercanías de París, donde gente armada de las provin-

cias; pero dentro del Estado, mantendrían las prerrogativas del Rey unidas con los derechos del pueblo. Y cuando tan evidentes parecían los justos motivos generadores del decreto; la tardanza en admitirlo y sancionarlo, las tentativas de una parte mínima entre los nacionales para impedirlo después de votado, las declamaciones de los demagogos, tan apasionadas é injustas como las declamaciones de los realistas, hacían que se creyera generalmente ya establecida una inteligencia de la reacción extrema con la extrema demagogia, y se llamase al Rey cómplice de las conspiraciones y motines de los rebeldes. «¡Justo cielo! exclamaba en elocuente imprecación la gran escritora, ¿heriréis de ceguera los poderosos del mundo y no escucharán otros consejos sino aquellos que les arrastran á su perdición y á su ruina? «Yo sé, dice á la letra el escrito en su final, que los reyes rara vez oyen la verdad; yo sé que, por no haber la verdad hablado en los palacios, han venido las revoluciones; yo, sin embargo, la debo á Vuestra Majestad, y se la tributo, no sólo como ciudadano sumiso á las leyes, como ministro honrado por vuestra confianza, ó revestido de facultades que la suponen; y ninguna fuerza moral en el mundo puede impedirme la realización y cumplimiento de un deber impuesto por la voz y la presión de mi conciencia. La vida no vale cosa para el hombre que sobre todo estima sus deberes; mas después de haber cumplido éstos, la única satisfacción restante en su ánimo es la creencia de haberlos cumplido con aquella fidelidad indispensable á todo estadista virtuoso y honrado.» Tal fué la carta de madame Roland, magnífico prólogo del movimiento próximo á sobrevenir, en que acusadores y acusados, jueces y reos, progresistas y retrógrados, reyes y tribunales van á morir violentamente, sin distinguir la guillotina entre los que han impulsado y los que han defendido la revolución.

En esta carta resplandecía la verdad, y por primera vez entraba la verdad en los palacios. Así no fué maravilla que cegase á los reyes luz de tan extraña intensidad para sus ojos. Luis XVI se había de antiguo acostumbrado con todo su candor á corromper y á engañar. El engañó á Lafayette, cuando la huida de Varennes; él engañó á Barnave cuando las negociaciones con los monarcas extranjeros; él por medio de la Reina engañó y corrompió á Mirabeau. No había podido, ni engañar, ni corromper á Rolland, y eso después de haber fingido una fidelidad constitucional á su cargo tan ingenua, que Rolland hubiera caído en el señuelo, si madama Rolland no se lo muestra con su viva fe y su entereza inquebrantable. Por muchas amarguras que le propinaran, por muchas amenazas que le dirigieran, por muchas catástrofes que le aplastaran, Luis XVI no podía sacudirse las ideas que nutrieran su cuerpo y su alma en los primeros tiempos de la vida. No pudo engañar á Rolland, que parecía un hombre ordinario, sin recámara, y engañó á Dumouriez, á un hombre ducho en la diplomacia y acostumbrado de antiguo al embuste, cuando no á la traición. Efectivamente, la verdad para quien llamaban el mejor de los Reyes aparecía como el peor de los insultos y estaba resuelto á que pronto se la pagara el deslenguado. Así echó



sobre Dumouriez la carga de formar el nuevo gabinete, de pasar á lo menos desde la que nosotros llamamos cartera de Estado á otra tan importante por aquella sazón como la cartera de Guerra. El general se comprometió con el Rey á desempeñarla, porque se había comprometido antes el Rey con Dumouriez á sancionar los decretos. Por fin, cuando unos lo aguardaban y otros no, el Rey notificó á los ministros de la Gironda que acababan de perder su regia confianza. Y creía legitimada la resolución suya, no solamente por los decretos votados en la Cámara, por el atrevimiento en su ministro de haber en sus reales barbas leído una carta, escándalo para él de irreverencia plebeya, y ejemplar único de torpe desacato inferido por sus ministros al Monarca. En cuanto recibió Rolland el desahucio, se lo comunicó á su mujer, y en cuanto lo viera la mujer, de gozo brincó, pues no tenía ya deberes que guardar al Monarca y su corte, pudiendo entregarse con toda su grande alma y todo su entero corazón al culto de la República y al trabajo por su rápido advenimiento. Así dijo que tardara mucho en suceder tan aguardado suceso, y que se complacía con que hubiese advenido, rompiendo lazos de lealtad y de honra, por los cuales hallábanse como atados los girondinos al carro de la Monarquía. Sin perplejidades y sin vacilaciones hizo que Clavieres y Servan anunciase al Parlamento sus sendas caídas de la gracia del Monarca y que Rolland añadiese á esta notificación su carta con expreso encargo de que la leyeran y divulgaran en plena sesión. Leída, produjo maravilloso estallido de sincero entusiasmo. Diputados y tribunas se regodearon, oyendo aquellas verdades políticas, encerradas en el oro puro de un elevado estilo. Aunque las derechas ofrecieron alguna resistencia, el Congreso decidió, casi por unanimidad, la impresión del célebre documento. Apenas concluida esta lectura, entra Dumouriez, que había ya notificado su cambio de cartera, conservando su carácter de ministro. Abrumado por el peso de su cargo y el horror de las circunstancias, mostró en su aspecto y en su actitud toda la humildad congruente con su difícil situación. No le valió tal actitud: le chichearon y le silbaron. Mas, hombre acostumbradísimo al peligro, sin irreverencia y fanfarronería de ningún género se irguió á la herida, lejos de humillarse. Llevaba un largo parte de Lafayette. Y en este largo parte se notificaba la muerte del mártir Gouvión, caído en el campo del honor defendiendo la libertad y la patria. Dumouriez, tan firme, como en los combates, en los congresos, leyó esta muerte bañados de lágrimas los ojos y llena de plañidos la voz, hasta interrumpir la solemne lectura con una trágica interrupción, diciendo cómo sentía envidia por la suerte del héroe, pues acababa la vida con un glorioso fin, y alzado entre los mártires, no vería las batallas interiores entre los buenos patriotas, cuando la patria estaba en peligro y el extranjero á la puerta, no asistiendo, felizmente para él, á la catástrofe que aparejaban estas enconadas discordias, á la ruina del pueblo francés, amenazado de muerte por sacudimientos precursores de dos enormes guerras.

Esta sesión, en que Dumouriez apareció desvestido del ropaje diplomático, y revestido

del uniforme militar aparece incolora en el *Diario de sesiones*, cuando fué tempestuosísima, según refiere la verdad histórica frente á la verdad oficial. Recibieron á grito pelado y á insulto limpio los girondinos al desertor de su causa. Muchas voces pidieron conociera el Tribunal Supremo y castigara la increíble traición. Brissot convirtió su periódico en una proclama, y olvidando aquello de «no calumnies para que no seáis calumniados», achacó á Dumouriez inmoralidad personal. Un clubista de la Gironda también pero perdido de costumbres y de airada vida, recordó el donativo de los seis millones en fondos secretos al general y le acusó de dilapidarlos en orgías con las peores mujeres y en sueldos con los peores sujetos. A tal acusación perdió toda continencia el acusado y retó á sus acusadores con palabras altivas en las Asambleas, con libelos infamatorios en las calles. Sus desafíos no podían ser más terribles, ni sus cargos más abrumadores. Llegó á decir el Ministro que Brissot y sus amigos le importunaban á diario con peticiones de fondos, y se habían resuelto en su contra por no habérselos él soltado todos, hallándose dispuesto á publicar las señas de los pagados y las sumas que habían recibido. El malherido Brissot elevó muy alta su voz y desafió al ministro á que mentase con pruebas un solo nombre y adujese un solo hecho deshonoroso para la Gironda. Los maldicientes se refocilaron á una con el combate; y los muchos enemigos de uno y otro estadista se aprovecharon de sus sendos golpes para malherirlos con los puñales sacados de las sendas armerías de sus insultos. Así, como no llegase la sangre al río, y no pasaran de las amenazas á los hechos, *La Tribuna de los Patriotas* imprimió y divulgó esta especie: se han visto los dos mirmidones en la «vispera de su duelo á muerte y han acordado no tocarse á los sendos cascos de patriotería con que uno y otro van cubiertos». Así las iras todo lo emponzoñaban y el oleaje tumultuoso de las pasiones lo mismo escupía sus babas sobre las coronas de oro que sobre las coronas de laurel. Y mientras tanto el trono se venía en pedazos á tierra. Y se venía en pedazos á tierra, no bajo los golpes de sus enemigos, bajo la pesadumbre de sus propios errores y de sus propios crímenes. En esta crisis la perfidia de los Borbones reinantes resalta como nunca. Se habían deshecho del ministerio girondino y habían en aquella crisis necesitado de Dumouriez. Para obtener el concurso de Dumouriez habíanle pedido los alevos su condición. Dumouriez había impuesto por condición que se sancionasen los dos decretos, y fué aceptada con real palabra. Bajo la certeza de su aceptación pudo el general presentarse al Congreso y desafiar las cóleras girondinas mezcladas á las cóleras populares. Dumouriez fué con alevosía engañado. Y así el peligro amenazaba y crecía tanto más cuanto que las dos escuelas revolucionarias, jacobinos y girondinos acababan de juntarse bajo el ala de la tempestad y sobre los escollos del naufragio. Las palabras leales de Rolland al Rey no sirvieron para nada. Creyó éste poder prescindir del Congreso y despidió los ministros aceptos al Congreso. En cambio, éste declaró que habían los cesantes merecido bien de la patria, quien se lamentaba y se dolía de su desgracia. Y el